



Revista Sociedad y Economía

ISSN: 1657-6357

revistasye@univalle.edu.co

Universidad del Valle

Colombia

QUINTÍN QUÍLEZ, P.

Reseña de "Más allá del hombre económico. Economía y teoría feminista" de Marianne A. Ferber y Julie A. Nelson (eds.)

Revista Sociedad y Economía, núm. 13, diciembre, 2007

Universidad del Valle

Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99616721010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## DE MUJERES, HOMBRES Y ECONOMÍA

*Lo que estiman los economistas de sexo masculino no es la cosa en sí, sino su modelo de la cosa* (Donald N. McCloskey)

Aunque con un retraso de más de diez años respecto de la edición original en inglés, en el año 2004 se publicó *Más allá del hombre económico. Economía y teoría feminista*<sup>1</sup>, versión castellana de un libro que, en su momento, pretendió recoger las principales críticas que, desde el feminismo, se hacían a las que eran entonces las tendencias principales de la ciencia económica. En otras palabras, las que usan en el prólogo las economistas Ferber y Nelson, para “enriquecer el análisis económico, pretendemos liberarlo de la parcialidad que le impone el predominio de intereses específicamente masculinos” (p. 7).

Qué tanto se haya cumplido ese objetivo no es algo que se trate de resolver en este breve comentario<sup>2</sup>. Simplemente pretendo presentar las principales propuestas del libro, destacar algunas de las que me parecen sus virtudes y plantear algunos comentarios.

Antes de pasar a su contenido, cabe explicar que el libro se empezó a perfilar como proyecto en los encuentros organizados por la *American Economic Association* a fines de los años ochenta, lo que dio lugar a un breve seminario durante la reunión anual de la *Midwest Economics Association* del año 1990, donde se presentaron estos textos por primera vez (la mayor parte escritos por economistas, aunque no exclusivamente). Ello da cuenta en buena medida del formato del libro: una introducción a cargo de las editoras, seis artículos principales y un capítulo final que contiene cuatro comentarios críticos de los textos principales. Y esa es, a mi parecer, una primera virtud que se debe destacar: el adjuntar unos comentarios nada complacientes es la mejor forma de mostrar las tensiones y problemas que subyacen a un libro que, de ser presentado de otra forma, podría ser leído como un producto acabado y definitivo o como la última palabra sobre un asunto que está aún en discusión.

### Una crítica de la economía dominante

En la introducción, Ferber y Nelson muestran el predominio (numérico y jerárquico) de los hombres en la disciplina económica y muestran la falsedad de los estereotipos con que suele justificarse esa desproporción (por ejemplo, la pretendida falta de formación matemática de las mujeres). A continuación describen cómo la noción de “hombre económico” ha excluido

---

<sup>1</sup> Marianne A. Ferber y Julie A. Nelson (eds.), *Más allá del hombre económico. Economía y teoría feminista* Ediciones Cátedra/Universitat de Valencia/Instituto de la Mujer, Madrid, 2004 [1ª ed. inglés, 1993], 253 págs.

<sup>2</sup> Hay que advertir que, casi al mismo tiempo en que se publicó este libro, se formó la *International Association for Feminist Economics* y que a partir de 1995 se empezó a publicar la revista *Feminist Economics*, dirigida por Diana L. Strassmann, una de las participantes en esta compilación. Esta revista ha seguido profundizando en esta perspectiva crítica, pero ofreciendo también investigaciones de carácter empírico. Sin embargo, y como reconocía la misma Strassmann, su impacto sobre la investigación económica parece haber sido bastante limitado. En un libro más reciente (*Feminist Economics Today: Beyond Economic Man*, 2003), Ferber y Nelson evalúan una encuesta aplicada a los jefes de los departamentos de economía de Estados Unidos y concluyen que, aunque la que ellas denominan “economía feminista” florece en su producción interna y en el creciente interés que despierta en investigadores de disciplinas afines, ella no ha tenido mayor incidencia en el núcleo crecientemente conservador de la profesión.

como objeto de estudio a las mujeres –tal y como se desprende por ejemplo de la revisión de los manuales de enseñanza–, o bien, cuando se las ha tomado en cuenta, distorsiona la experiencia de las mujeres –como sucede con la “nueva economía doméstica” y sus sesgos patriarcales, sus razonamientos circulares y su descuido de las relaciones de poder en el seno de la familia–. Tras denunciar el peso que los valores normativos (en concreto los de género) tienen a la hora de hacer ciencia, se ofrece un repaso de las principales corrientes del feminismo respecto de la economía y se ubica a los autores de los artículos principales que participan en la compilación dentro del *construccionismo feminista*, según el cual: el género es un significado social asignado a las diferencias biológicas entre los sexos y tiene que ver, por tanto, con la estructura social; la atribución de características de género diferentes es histórica y relativa, no el resultado de una esencia o algo natural; se asocia erróneamente al género exclusivamente con las mujeres pues a los atributos masculinos se los piensa como neutrales y universales, definitorios de la humanidad; los ideales masculinos son colocados en situación de privilegio respecto de los femeninos; la masculinidad se asocia con los ideales de separación o distanciamiento, de individualidad y razón, mientras a la feminidad se la asocia con las relaciones humanas, el compromiso social y la emoción. Todos estos ideales (masculinos) hacen parte de la manera en que se ha formado la ciencia en general, y la economía en particular, llevándola a evitar inconscientemente toda contaminación de aquello que se ha asociado con las mujeres y que, aparentemente, iría en contra de la objetividad. Según las editoras, la pretensión del libro es contribuir a evitar esos prejuicios poniéndolos en discusión en el seno de la comunidad académica, la única forma de conseguir un mayor nivel de objetividad. Finalmente, señalan que algunas de esas críticas se han hecho ya desde otras posiciones y perspectivas, pero justifican que se apele a las ideas feministas en tanto que ellas ponen en juego las concepciones sociales más arraigadas emocional e intelectualmente: aquellas que están asociadas con las diferencias de género.

El primer capítulo, a cargo de Nelson, cuestiona la definición predominante de la economía (la neoclásica, que pretende ante todo hallar modelos matemáticos de elección individual susceptibles de conducir a un hipotético intercambio), aquella que inspira tanto la investigación de prestigio como los *pensums* de las universidades, pues la estima limitada en su alcance y, sobre todo, porque revela prejuicios de género. La economía “se define cada vez menos por el objeto de su estudio y cada vez más por su concepción del mundo” que sitúa como centro de su teoría a la elección individual, a un *cógit*o distanciado cuyas acciones pueden ser fácilmente expresables de forma matemática, y que desprecia las explicaciones de los fenómenos económicos que no se atienen al modelo matemático (pp. 43-44). Se trata de un intelectualismo y un formalismo que se asocian a lo masculino y, por tanto, se asumen sin más como positivos. Como alternativa, según Nelson, no se trata de invertir los términos o de negar los avances que ellos han permitido a la economía, sino de evitar algunas de sus posiciones extremas. Para lograrlo propone retomar la definición de economía que, de Adam Smith a Alfred Marshall, habría formado parte del bagaje de los economistas y que, en lugar de centrarse en la elección, gira en torno al abastecimiento, a la satisfacción de las necesidades de la vida:

*La razón de ser de la profesión de economista no es elaborar una teoría axiomática concreta de la conducta humana, sino estudiar los asuntos relacionados con la organización de la producción, el poder y la pobreza, el desempleo y la coacción económica, la salud y la educación (p. 54).*

En términos similares se expresa Paula England quien, en su texto, pretende mostrar la persistencia de prejuicios androcéntricos en las principales hipótesis de la teoría económica neoclásica (imposibilidad de establecer comparaciones de la utilidad interpersonal, los gustos

son exógenos y constantes, y los actores son egoístas). En el fondo, para esa economía habría un “yo divisorio”: los seres humanos son “autónomos e inasequibles a las influencias sociales, carecen del vínculo social para sentir empatía y presuntamente se comportan así en ‘la economía’ y ‘el mercado’”, al tiempo que dentro de la familia tienen un comportamiento altruista, inversión total del comportamiento propio del ámbito anterior (p. 59). De esta manera no sólo se plantean dos ámbitos diferentes sino que se excluyen, del uno y del otro, aspectos que exigirían mayores esfuerzos explicativos: por un lado porque en el mercado funciona también la empatía y en el hogar el egoísmo (y las relaciones de poder); por otro porque, al desvincular ambas esferas, no se perciben las formas en que entre ellas se relacionan y afectan (por ejemplo, olvidando que la discriminación contra la mujer en el mercado de trabajo reduce a menudo su capacidad de negociación en el seno de la familia).

En el siguiente capítulo, Strassmann muestra cómo ese modelo dominante centrado en el individualismo egoísta y el intercambio contractual como perspectivas de fondo de cualquier interpretación se ha blindado en la teoría económica al condenar al ostracismo a todo aquello que constituya una amenaza para ella. Por retomar aquí sólo uno de los ejemplos planteados, Strassmann cuestiona la consideración del mercado de ideas (la academia) como si fuera un mercado libre y perfecto en el que es el valor intrínseco de las ideas lo que predomina y sin que dependa de la existencia de jueces que determinan cuáles son las ideas aceptables y quiénes las pueden expresar. De esta forma se ocultan las formas de selección, socialización y exclusión que hacen invisibles las ideas disidentes o bien permiten sólo que, como mucho, se introduzcan modificaciones *ad hoc* para dar cuenta de fenómenos concretos pero sin afectar al núcleo duro de la teoría económica.

A continuación Donald N. McCloskey, el único varón entre los autores de los artículos principales<sup>3</sup>, lanza su propuesta de una “economía conjetiva”, una economía capaz de integrar la lógica y los hechos –y los teoremas que de ellos se derivan–, propios de los economistas, con las metáforas y las historias –calidades asociadas a las mujeres–, esas “formas de argumentación suprimidas por la economía moderna” (p. 106) a las que, sin embargo se ven urgidos a recurrir constantemente los economistas. Conjetiva, por tanto, en el sentido de tener en cuenta

*... aquello que conocemos juntos, en virtud de una comunidad de vida y de lenguaje. (...) El camino actual de la ciencia no pasa ni sólo por el cuadrado ni sólo por el círculo, sino por las conversaciones que los rodean. Las conversaciones están sometidas a una evaluación mucho más rigurosa que el falso rigor de las pruebas absolutamente cuadradas o de la fe absolutamente circular. En una ciencia como la economía se hace a diario; para valorar un nuevo artículo nos basamos en que concuerde al detalle con nuestras conversaciones previas (pp. 115-116).*

Una ciencia, por tanto, que admite también lo femenino, que toma en serio lo diferente, y es así más completa y convincente; siempre y cuando, eso sí, modifique su metodología (por ejemplo, mayor atención a las encuestas y no sólo a la adecuación estadística de los modelos formales) y atienda a las anécdotas que están en el origen de sus creencias y a los convencionalismos narrativos que usan los economistas en su ciencia cotidiana.

---

<sup>3</sup> Sin embargo este economista y profesor de la University of Iowa con más de una docena de libros en su haber cambió de sexo a mediados de los años noventa, llamándose desde entonces Deirdre. Esta difícil experiencia personal la relata en el libro *Crossing. A Memoir* (1999).

Los dos capítulos que cierran esta parte rastrean las relaciones entre las ideas feministas y dos corrientes económicas no predominantes: el socialismo y el institucionalismo. Nancy Folbre repasa las limitaciones que mostró aquel socialismo que se autoproclamó “científico” al subestimar los intereses feministas con el fin de fortalecer sus pretensiones científicas y muestra cómo, sin embargo, algunos autores –como R. Owen, W. Thompson, A. Wheeler o A. Bebel– intentaron tomarlos en serio y pudieron anticipar así muchas de las críticas feministas actuales a la ortodoxia económica. Por su parte, Ann J. Jennings muestra las conexiones entre la economía institucionalista –en especial en su versión culturalista euroamericana inspirada en Th. Veblen y en K. Polanyi– y algunas interpretaciones feministas, en concreto a partir del rechazo de la construcción cultural de la dicotomía público/privado (y la separación asociada entre hogar, mercado y estado), que tienen no sólo connotaciones de género sino de jerarquización de esferas –con el mercado “como un elemento más objetivo y más racional que los procesos políticos o los principios familiares” (p. 184).

Como decíamos, el último capítulo recoge cuatro críticas al conjunto de los artículos principales. Según la economista Rebecca M. Blank, pese a que parte de las críticas a la economía dominante son acertadas –aunque coincidentes con otras hechas tanto por economistas como por no economistas, lo que tiende a desconocerse en algunas de las contribuciones– y es preciso tenerlas en cuenta, con ellas se pueden perder los avances, parciales quizás, pero también substantivos, realizados por la economía más convencional (una hipótesis vacía, estandarizada y ampliamente aceptada, traducible a fórmulas matemáticas manejables, etc.), al tiempo que no sólo no aparece un modelo alternativo al dominante, sino que ni siquiera se ofrecen ejemplos que permitan intuir en qué debería consistir esa otra economía resultado de su conjugación con una perspectiva feminista.

La también economista Rhonda M. Williams, aunque valora la crítica hecha a los sesgos androcéntricos de la teoría económica, plantea que se queda corta a la hora de tomar en consideración otros elementos que, al igual que la dicotomía de género, marcan la constitución y dinámica de la disciplina, como son la clase y, en especial, la raza. En consecuencia, la mayor parte de los textos termina por propugnar una perspectiva universalizadora que coloca en el mismo saco a todas las mujeres, sin importar las diferencias históricas y sociales que entre ellas pueda haber.

Por su parte, el premio Nobel de economía Robert M. Solow, quien también se muestra de acuerdo con la idea de que el predominio masculino en la disciplina implica que se queden temas sin estudiar y perspectivas sin aplicar, discute no sólo el postulado de la existencia de diferencias cognitivas entre los sexos, sino la idea consecuente de que una mayor participación de las mujeres haría mejor a la economía. Para él, el principio de racionalidad, pese a sus limitaciones, sigue siendo un buen punto de partida para el análisis económico, mientras que la formalización, cuando se recurre a ella como un procedimiento y no se la convierte en el objetivo final, garantiza la coherencia lógica que se le exige a todo análisis científico (coherencia que, admite, puede ser obtenida también mediante argumentaciones menos formalizadas)<sup>4</sup>. En definitiva, las contribuciones del feminismo podrían ampliar las

---

<sup>4</sup> Hay que recordar que Solow contribuyó en los años cincuenta al estímulo de la llamada “revolución formalista”, es decir, al predominio de la forma en la argumentación de los economistas y el consecuente progresivo recurso a las matemáticas (cf. M. S. Morgan y M. Rutherford, “American economics: the character of the transformation”, *History of Political Economy* 30 (4): 1-26, 1998; y M. Blaug, “The formalist revolution of the 1950s”, *Journal of the History of Economic Thought*, 25 (2): 145-156, 2003).

hipótesis e ideas y abrir nuevas áreas de interés, siempre y cuando sean capaces de dar razón científica del mundo que tratan de explicar.

Finalmente, la filósofa Helen E. Longino ofrece una síntesis de lo que, a su parecer, son las principales virtudes del libro y reclama la creación de espacios de debate en los que las impugnaciones y la denuncia de los límites que tiene toda perspectiva –no importa de qué disciplina científica se trate– permitan evitar el peligro del monopolio de un único modelo de interpretación demasiado pagado de sí mismo.

### ¿Un balance limitado?

Es difícil exigir a un libro que, como este, se encara con una temática tan amplia, que ofrezca un balance ajustado a las expectativas de todos y cada uno de sus posibles lectores; sin embargo, y aunque de entrada debamos felicitarnos por el hecho de que por lo menos se pongan sobre la mesa algunos puntos problemáticos de fondo de una disciplina como la economía, el texto tendría, a nuestros ojos, un par de limitaciones.

Por un lado, es evidente el sesgo “gringo-céntrico”: más que una evaluación general de la economía y de la teoría feminista, se trata de un balance del pensamiento que, sobre estos puntos, se produce en los Estados Unidos. Aunque ello puede estar justificado por el origen local del libro, y sin pretender discutir aquí la preeminencia que los investigadores de Estados Unidos puedan tener en la producción científica actual, sí se podría esperar –precisamente de quienes pretenden poner en cuestión la forma en que se ha desarrollado la perspectiva económica dominante– una mayor apertura a referencias de otras latitudes o, cuanto menos, una más clara delimitación de sus alcances geográficos e históricos<sup>5</sup>.

Por otro, el esfuerzo centrado exclusivamente en destacar las invectivas que pueden plantearse desde el feminismo y los estudios de género lleva a ignorar las críticas que otras disciplinas y perspectivas analíticas han venido haciéndole a la economía desde tiempo atrás.

En este sentido, por ejemplo, se retoman en el libro algunos de los principales puntos que, entre los años cuarenta y setenta, ya había planteado la antropología y que habían dado lugar a fuertes debates tanto en su seno (por ejemplo, entre *formalistas* y *substantivistas*) como con los economistas<sup>6</sup>; se ignoran los desarrollos de lo que, desde los años ochenta, se da en llamar “sociología económica”<sup>7</sup>; o, más grave aún, se desconocen las vías abiertas dentro de la misma economía a partir de interpretaciones distintas a la del modelo dominante<sup>8</sup>. Pero,

---

<sup>5</sup> Históricos, pues aunque es cierto que se recuperan algunos antecedentes norteamericanos del siglo XX (por ejemplo a las economistas Margaret Reid y Joan Robinson), parecen olvidarse de pensadoras del XIX que, como Charlotte P. Gilman, trataron de vincular tempranamente la lucha feminista y el análisis económico.

<sup>6</sup> Un buen repaso de la relación histórica entre estas disciplinas se encuentra en un artículo de Heath Pearson (“*Homo economicus* goes native, 1859-1945: the rise and fall of primitive economics”, *History of Political Economy* 32 (4): 933-989, 2000) y en los comentarios críticos que le plantean J. Ferguson, J. I. Guyer y K. Hart en el mismo número de la revista.

<sup>7</sup> Cf. M. Zafirovski y B. B. Levine, “Economic sociology reformulated: the interface between economics and sociology”, *American Journal of Economics and Sociology* 56 (3): 265-285, 1997; B. Convert, y J. Heilbron, “Genèse de la ‘nouvelle sociologie économique’ aux États-Unis”, en J. Heilbron, R. Lenoir y G. Sapiro (dirs.) *Pour une histoire des sciences sociales. Hommage à Pierre Bourdieu*, Fayard, Paris, 2004, pp. 223-240.

<sup>8</sup> Para un repaso, cf. J. Lie, “Sociology of markets”, *Annual Review of Sociology* 23: 341-360, 1997.

entiéndase, no se trata aquí de impugnar la originalidad de las ideas planteadas, sino de señalar que dicho desconocimiento supone ignorar algunos caminos ya transitados y, así, la posibilidad de evitar los errores, dificultades y obstáculos en que otros cayeron antes (como por ejemplo la esterilidad de ciertos debates cuando se los mantiene a un nivel meramente abstracto).

Afortunadamente el grueso de los textos aquí compilados tiene una gran virtud, asociable en buena medida a la adopción de una perspectiva que los más fecundos estudios sobre la ciencia han tratado de impulsar: evitan reconstruir el funcionamiento y la historia de la economía a partir tan sólo del estudio de las ideas económicas e introducen constantemente la indagación de los contextos sociales y culturales en que ellas existen. De esta forma se elude la fuerte tentación –que según Philip Mirowski está inscrita en el seno de la disciplina desde los años treinta y cuarenta del siglo XX– de establecer una separación rígida entre la economía “pura” y la “aplicada”, esta última despreocupada por los elementos teóricos y sociales de fondo de la disciplina<sup>9</sup>.

P. QUINTÍN QUÍLEZ

---

<sup>9</sup> Ph. Mirowski, “A pall along the watchtower: on leaving the HOPE Conference”, *History of Political Economy* 34 (4): 378-390, 2002.